

Ya en 1580 se imprimieron los «Siete libros de agricultura»; cuarenta años más tarde se publicó el «Curioso libro del cultivo de árboles frutales», por el que sabemos que en el imperio alemán se conocían á la sazón trece clases de cerezas, diez y nueve de ciruelas, ciento diez de peras y ciento quince de manzanas. Gracias á la importación del extranjero, la agricultura y horticultura de nuestros antepasados se enriquecía en la época de la Reforma con nuevas plantas y árboles frutales. A principios del siglo xvi se introducía el alforfón; más tarde, los protestantes expulsados de los Países Bajos, dieron á conocer el cultivo de la colza. De Italia llegó por el año 1650 el maíz á la Alemania meridional, el cual fué importado primero por Colon á Europa. Pero la más preciosa entre estas importaciones fué la de la patata, que el botánico Klusius fué quien primero cultivó en territorio alemán (1588). El cultivo de esta planta alimenticia, que hoy día es el manjar por excelencia de millones de labradores, tuvo que luchar al principio con grandes obstáculos. El clero arguyó con energía, porque no podía cobrar el diezmo sobre las patatas, á las que daba el nombre de «tubérculo del diablo», y los labradores creían de tal modo en ciertos puntos, en Brandenburgo y Pomerania por ejemplo, en la cualidad diabólica de la patata, que fué preciso no solamente exigirles su cultivo, sino obligarles á ello por fuerza.

El desarrollo de este cultivo en el imperio alemán fué por lo tanto muy variado. Sábese que ya en los dos primeros decenios del siglo xvii la patata se cultivaba en algunas partes como planta alimenticia; pero hasta 1640 no se plantó en Hesse, Westfalia y en las regiones imperiales de Sajonia; en 1647 en Brunswick; en 1650 en Berlin, y sólo en 1716 en Bamberg, Bayreuth, en el Palatinado, en Baden y Suabia. Los pueblos del Alpe de Suabia fueron probablemente los últimos que se consagraron al cultivo de la patata en 1740. Para el de las hierbas alimenticias, la importación del trébol verificada en el siglo xvii fué muy importante. Al propio tiempo también la horticultura progresaba: en las huertas criábanse diferentes clases de col, zanahorias, rábanos y lechugas, y además cebollas, ajos, perejil, apio, guisantes, lentejas, judías, pepinos y calabazas. Entre las flores se preferían las violetas, la rosa, el lirio, el jacinto, la anémona, el romero y el tulipán.

Los jardineros al servicio de los príncipes y prelados alemanes trabajaban en un principio según el gusto florentino en el «embellecimiento de la naturaleza,» después según el holandés, y por fin al estilo francés, estilo adoptado en los jardines de Versalles, en los que una jardinería artificial puso en boga las formas geométricas y exageradamente rígidas. Desde la segunda mitad del siglo xvi se fundaron también en Alemania jardines botánicos, el primero en Koenigsberg (1551).

La viticultura se practicó con buen éxito en las regiones de la Alemania septentrional, de las que hace tiempo ha desaparecido; es verdad que en Hamburgo existían en aquel tiempo establecimientos propios para dulcificar estos productos de la vid alemana. Al lado de los vinos del Rin y del Mosela, los del Necker, de Alsacia y del Palatinado conservaban su antigua fama. Ulma era para toda la Alemania meridional el emporio principal del comercio de vinos. Un inteligente en vinos, Juan Rasch, publicó en 1582 su «Libro para el cultivo de la vid y su cosecha,» y un conocedor no menos excelente de la cerveza, Enrique Kraust dió á la estampa en 1575, en beneficio de sus compatriotas, sus «Cinco libros del admirable, filosófico y preciosí-

simo arte de hacer cerveza, noble regalo con que Dios nos ha favorecido,» obra que por mucho tiempo mereció la alta consideración de la gente del oficio.

En la época de la Reforma tuvo lugar asimismo la introducción de cuatro nuevos artículos de consumo: el tabaco, el café, el chocolate y el té. Del primero ya hemos hecho mención más arriba, por lo cual sólo añadiremos que al principio, la oposición contra la nueva costumbre «de beber tabaco» rayaba en algunas partes en lo cómico. Por ejemplo, se publicó en 1661, en la ciudad de Berna, un decreto en el que se incluía en la lista de los diez mandamientos, inme-



HOSTERÍA DE LA OCA DE ORO, EN NUREMBERG

diatamente después del «No fornicar» el de «No fumar.» En cambio, en otros puntos echóse de ver que la contribución sobre el tabaco, daría muy pingües beneficios, por lo cual se favoreció su consumo y cultivo: este desde 1630 se desarrolló en varias regiones alemanas. El café originario de Arabia se importó á Alemania en 1582 por el médico Rauwolf, el cual había conocido esta bebida en su viaje á los países orientales, descrito por él. En 1647, otro viajero, el célebre Oleario, la mencionó llamándola *kahowa*. En Europa el café se bebió por primera vez en París en la corte de Luis XIV, á la que un embajador de Mahometa IV facilitó estos preciosos frutos del arbusto árabe. Sin embargo, el nuevo artículo de consumo debe haber sido importado casi al mismo tiempo en Inglaterra, pues el más antiguo café del occidente se estableció en 1652 en Londres, mientras que el primer café francés fué abierto al público en 1671. Según parece el primer punto de Alemania en que se tomó café fué en la corte de Brandenburgo (1675). El primer café alemán se estableció en Viena (1683), que aún hoy día es una ciudad modelo para los cafés. Stuttgart tuvo un establecimiento de esta clase en 1712. Al mismo tiempo que el consumo del café, se introducía en Alemania el del chocolate, que los españoles importaron de México á Europa, y además dióse á conocer el té procedente de la China; de modo que las tres citadas bebidas se tomaban desde fines del siglo xvii en un principio sólo por los ricos en el almuerzo. Cien años ó más debían trascurrir para que estas

IREN DE VIAJE DE PERSONAS DISTINGUIDAS EN EL SIGLO XVII



TRAJE DE BODA EN EL SIGLO XVII

plantas ultramarinas, sobre todo el café, dejaran de ser en nuestro país un artículo de lujo convirtiéndose en un recurso precioso de la clase popular.

Durante la guerra de los Treinta años é inmediatamente despues de la misma, la situacion de los labradores alemanes, excepto en las pocas provincias que se habian salvado de sus horrores, era verdaderamente deplorable. Basta el hecho de que tan sólo en el ducado de Wurtemberg 40,000 mojadadas de viña estaban del todo devastadas, para hacerse cargo de los estragos causados por el azote de la guerra, no sólo en la poblacion rural y en los edificios, sino tambien en los campos.

Habitando entre las ruinas de sus aldeas incendiadas, nuestros pobres labradores terriblemente diezmos, se hallaban faltos de recursos, sin dinero, sin ganado, sin trigo que sembrar, sin herramientas, cubiertos de harapos y jirones, expuestos á todas las inclemencias del cielo, imposibilitados de proseguir su trabajo á pesar de su constancia y de sus necesidades, amenazados en fin constantemente por las hordas de salteadores asesinos que se formaron durante la guerra y que ejercian aún sus desafueros firmada la paz. A estos merodeadores, individuos de los diferentes ejércitos beligerantes, se habian reunido multitud de vagabundos y mendigos, bandoleros y ladrones, y aún sacerdotes y maestros de escuela que olvidaron sus deberes, gitanos y judíos, estudiantes y prostitutas, la escoria, por decirlo así, de todos los pueblos. Estas hordas, esa hez de la sociedad saqueaba el país, empleando para ello así la astucia como la violencia; pero lo más sensible es que podia efectuarlo á mansalva; porque las deplorables instituciones para garantir la seguridad pública, existentes en el imperio, eran impotentes ante la organizacion de estos bandoleros. Uno de los principales recursos empleados por las policías alemanas de los diversos Estados en aquella y aún en posteriores épocas, consistia en la llamada «expulsion:» al malhechor aprehendido á quien no podia acusarse de otro delito que del de la vagancia, se le propinaba una soberbia paliza expulsándole al otro lado de la frontera, procedimiento que el país vecino, llegada la ocasion, imitaba, devolviendo como buen amigo tan honroso presente; y de este modo los numerosos Estados alemanes se regalaban mutuamente colecciones escogidas de vagabundos y malandrines. Ahora bien, precisamente en la segunda mitad del siglo xvii, época en que nuestros labradores tenian que crearse un nuevo modo de ser y dar vida á la agricultura, la terrible plaga del bandolerismo se hallaba en todo su apogeo.

Y si añadimos á ella todos los restantes obstáculos y peligros que sufría la renaciente agricultura, y comparamos con tales circunstancias el aspecto relativamente satisfactorio de los pueblos, campos, praderas, viñas y huertas de árboles frutales á fines del siglo xvii, no podremos menos de experimentar un sentimiento de respeto ante la fuerza moral, la energía, la sobriedad y la perseverancia de nuestros campesinos. No podremos negarles, no, nuestra admiracion, tanto menos en cuanto á la sazón el labrador dependia mucho más que hoy de su propia fuerza. La barrera impuesta por las castas por una parte, y la imperfeccion de los medios de transporte por otra, sujetaban la existencia de los labradores á un aislamiento de que actualmente apenas podríamos formarnos idea. Difícil sería tambien hacernos cargo del deplorable estado de los caminos, de los peligros que ofrecía la navegacion fluvial, del poco aseo y la escasez que reinaban en los albergues, cuanto menos en los de las aldeas. El humanista

Erasmus, en uno de sus coloquios, hace una descripción de uno de los albergues campestres del siglo xvi; sin embargo debemos tener en cuenta que Erasmus era hombre algo afeminado.

Durante el siglo xvii la gente robusta de ambos sexos viajaba á caballo, si bien las personas de edad y jerarquía, los prelados y los enfermos, usaban ya monumentales vehículos, coches y carrozas muy parecidos aún á los de la época de la Reforma. La gente rica y noble llevaba



UN JARDIN EN AUGSBURGO

en sus viajes exagerado bagaje; esto puede atribuirse al deseo de brillar, y además á la necesidad en que se veían de llevar consigo muchas cosas que hoy se encuentran en cualquier fonda ménos que mediana. El viaje que Wallenstein hizo en 1530 desde Carlsbad en Bohemia á Ratisbona, donde se hallaban reunidos los príncipes, puede servirnos de ejemplo por lo que respecta á la costumbre de viajar con un bagaje suficiente para un ejército. El séquito del duque se componía de seis príncipes, ciento cincuenta nobles, y de un escuadrón de coraceros al mando del coronel Octavio Piccolomini; su bagaje se componía de diez y siete carrozas de lujo, veinticuatro coches, sesenta carros con los equipajes y setecientos caballos.

En el siglo xvi las ciudades alemanas se habian desarrollado de tal modo que los extranjeros que viajaban por nuestro país, al describirlas, expresaban la admiracion que les causaba su aspecto. Augsburgo, Nuremberg, Ulma, Francfort, Maguncia y Colonia eran verdaderamente